

Estudiantes es el único que tiene el derecho de hablar y opinar en nombre de todos, consultaré la opinión de éste en las cuestiones de interés general.

Gestionaré que las publicaciones oficiales de la casa estén al alcance de los alumnos. Que las distintas secciones tales como las de historia, geografía y psicología sean más útiles.

Apoyaré la idea ya presentada al Consejo por la cual los nombramientos de los profesores suplentes se llenarán por concurso y gestionaré que cuando se eleve una terna de profesores al Poder Ejecutivo vaya acompañado el nombre de cada profesor con una lista de sus títulos, obras publicadas, trabajos efectuados, años de actuación, etc., para que aquel poder esté perfectamente habilitado para elegir uno de los nombres de la terna.

El perfecto acuerdo con que ha actuado el nuevo consejo en sus primeras sesiones y el valor de las resoluciones tomadas me hacen prever un feliz resultado para estas gestiones y para todas las nuevas que dentro de un bien inspirado criterio quieran presentar los estudiantes a su deliberación.

En definitiva: quisiera que mi futura actuación pueda servir como prueba de que los estudiantes tienen derecho a formar parte de ese cuerpo y que son capaces de actuar sin desmedro para el buen nombre de la Facultad.

Manuel Lapido.

Enseñanza del idioma italiano en los Colegios Nacionales.

Aun tratándose de un sistema unitario, rigiéndose por un mismo plan de estudios todos los Colegios Nacionales del país, la enseñanza de las lenguas vivas debe variar en sus procedimientos de ciudad a ciudad. Sin hablar de la finalidad que se quiere alcanzar al incluir un idioma entre las disciplinas docentes, finalidad más o menos apremiante, según las regiones de un mismo país, debemos insistir en hablar de las facilidades que suministra el medio en que actúa el estudiante.

El profesor de idiomas residente en Buenos Aires empleará procedimientos diferentes de otro residente en la ciudad de

Mendoza, y este segundo se diferenciará de su colega catamarqueño o riojano. Vamos a explicar esta afirmación. Todo profesor no debe perder de vista el carácter de la sociedad local en que actúan los educandos; el profesor de idiomas más que nadie, debe tener en cuenta esta recomendación, porque, en ciudades donde escasee la población extranjera y estén algo apartadas del movimiento nacional y universal, los alumnos tendrán muchas dificultades para aprender cualquier idioma extranjero; mientras que los alumnos porteños, como en general los de la zona inmigratoria, aun hablando el mismo idioma castellano, tienen una marcada facilidad para el aprendizaje de las lenguas vivas, no siempre por causas ingénitas, sino, en gran parte, por causas sociales, por el origen, la formación y las ocupaciones de la sociedad y de la familia.

La población de Buenos Aires, en su mayor parte, directa o indirectamente, es de aporte inmigratorio y el elemento extranjero no hispánico alcanza siempre cifras muy elevadas, de tal modo que lo heterogéneo de la sangre se traduce en un ambiente heterogéneo de hablas; a nadie extraña en la ciudad oír diariamente conversaciones, saludos y... blasfemias en los más diferentes idiomas; el poliglottismo está en el ambiente, asoma por todas partes, desde la conversación dialectal en el seno de la familia, al castellano espurio del pequeño comerciante, desde el aviso exótico de un específico al periódico órgano de tal o cual colectividad, manifiéstase en todas partes la babel idiomática, a pesar del mayor o menor grado de asimilación, presentado por los extranjeros, muy marcado entre el elemento italiano, más escaso entre otros, que, como los judíos, son impenitentemente apegados a sus costumbres, tanto más duraderas cuanto más exóticas.

Añádase a esto la acción disolvente que, sobre la unidad y la pureza del idioma, ejerce el cosmopolitismo mercantil, el activo intercambio comercial sostenido con tantas naciones de diferente habla; como asimismo añádase el hecho de ser frecuentes los viajes emprendidos por muchas personas para divertirse o con el fin de estudiar, y se hará patente nuestra afirmación: el ambiente cosmopolita ataca directamente la pu-

reza de la lengua española, pero da al público porteño una marcada facilidad para el aprendizaje de otros idiomas.

Dicha facilidad es evidente si se trata de aprender el italiano, por las causas generales ya enunciadas y además si se tiene en cuenta la singular contribución del elemento itálico en la formación de la sociedad del litoral argentino. La producción literaria italiana nunca ha tenido aquí la preponderancia de la francesa en la mentalidad de las clases superiores pero nunca ha sido despreciable y la acción misma de los variados dialectos peninsulares aumenta la familiaridad del italiano, no será acción superior, influencia de alta cultura, pero es, sin duda, acción social y cotidiana intensa que hace pegar al oído sonidos y giros de frases.

Sin embargo, no exageremos. Hablamos de facilidad para aprender y no de conocimiento ya adquirido, no debe confundirse el alumno inteligente con el alumno sabio, como equivocadamente hacen algunas personas que por saber pronunciar (¡Dios sabe cómo!): *manyá, radicheta, carbunín, fainá, trat-tória (!), que te veñise un accidente*, etc., creen sinceramente dominar un idioma y que huelga todo estudio de la literatura respectiva que, por cierto, no es de las más pobres. Es necesario insistir: sin mucho estudio y una buena dosis de buena voluntad, el idioma italiano no se aprende y la citada facilidad es letra muerta. A este propósito debemos declarar que más de un hijo de padres italianos resulta alumno deficiente porque no pone mayor empeño en aprender algo que ilusoriamente tiene la convicción de conocer; alumno hemos tenido que ignoraba siempre la lección a pesar de tener el apellido del héroe más popular de la independencia de Italia.

Es obvio decir que a mayor facilidad corresponde mayor conocimiento empleando el mismo esfuerzo. Pero, con esto no se ha solucionado todavía el problema del dominio de un idioma cuyo aprendizaje depende de otros factores que deben ser conocidos plenamente por el profesor al iniciar su curso, para amoldar constantemente cada procedimiento al fin que se propone, si quiere que su enseñanza dé los mayores frutos. Esos factores variables son:

a) El tiempo (número de cursos, horas semanales, distribución de las horas entre los días de la semana);

b) El curso (varía la enseñanza si el italiano está ubicado en el segundo curso o en el quinto);

c) Las necesidades ulteriores de los alumnos (el aprendizaje del italiano debe tender naturalmente a satisfacer el mayor número de necesidades que con ulteriores tendrán los estudiantes).

Dos horas semanales asignadas al italiano en los Colegios Nacionales son muy reducidas, son insuficientes, se requiere otra más, por lo menos, porque de una clase a otra los alumnos se olvidan, siendo el intervalo muy largo; además, por la índole misma de la materia se debe insistir mucho en clase, el alumno no puede hacer caso omiso del profesor como relativamente sucede con otras disciplinas, una vez recibidas unas indicaciones generales y explicados los puntos oscuros; los idiomas piden la acción constante del profesor para que su enseñanza casi diaria tenga la repetición y la lentitud requeridas. No se nos oculta la relación estrecha que hay entre el número de horas semanales y la *cantidad de idioma* (permítanos la expresión) que se quiere enseñar, pudiéndose también invertir la proposición. Aquí tocamos un punto que reviste mucha importancia: ¿Por qué se enseña el idioma italiano? En el tiempo asignado, ¿pueden los alumnos llegar a dominarlo, a conocer sus principales secretos, a gustar por completo sus méritos literarios? Estas preguntas nos piden una pequeña digresión.

Nuestros Colegios Nacionales no son escuelas encargadas de suministrar una vasta cultura a personas que encuentren reducida la enseñanza de las escuelas primarias, son en el hecho escuelas preparatorias para la universidad, sin que esta afirmación implique interpretar de un modo o de otro los planes de estudio y juzgar el resultado de los estudios. El carácter de los Colegios Nacionales no se encuentra expresado en la letra ni en el espíritu de tal o cual reglamento, de tal o cual plan de estudio, su verdadero carácter es menester buscarlo en los alumnos, en el propósito que lleva los estudiantes a inscribirse en tales institutos antes que en las escuelas nor-

males, industriales o comerciales. Este propósito debe tenerse en cuenta, porque malogra muchos planes de estudio; ahora bien, los estudiantes consideran al Nacional como ciclo preparatorio para el ciclo superior universitario; esto no puede negarse. Es muy común oír preguntas por este estilo: ¿Por qué el profesor Díaz me exige estudiar con cierto empeño la zoología si yo emprenderé el estudio de la abogacía? ¿Cuándo esté en la Facultad de Ciencias Médicas, de qué me servirá la geometría del espacio estudiada?

Los ejemplos pueden multiplicarse y los flamantes bachilleres acuden todos a la Universidad porque la enseñanza secundaria se concibe cerrada tan sólo para los maestros, los mecánicos y los peritos mercantiles hasta hace poco; porque el bachiller es candidato universitario ya desde la escuela primaria, aún antes, en la mente de los padres se acaricia la idea del futuro doctorando y el niño apenas balbucea enuncia su vocación, el llamado fatal y adoctrinado por el ejemplo del vecino y la prédica incesante de los padres, comienza a realizar su predestinación y así los bachilleres, si no se quedan desilusionados en el camino, serán médicos, abogados e ingenieros en vista que ingresamos en Humanidades únicamente los fracasados, los pobres de espíritu, los normalistas petulantes.

Buena o mala, la tendencia dada al Nacional por la población estudiantil es la indicada. Los estudiantes universitarios deben conocer algún idioma extranjero porque la producción científica castellana es deficiente y las traducciones, además de ser pocas veces aceptables y poco numerosas son casi siempre de segunda mano. La literatura científica italiana, propia o traducida, es abundante y llena muchas necesidades de los universitarios, lo cual unido a la relativa facilidad de aprender el idioma italiano llegamos a la conclusión de que éste no está de más en el plan de estudio del Nacional.

El escaso tiempo que se le dedica ¿es suficiente para enseñar el pleno dominio del idioma? ¿Puede hacerse un minucioso estudio gramatical? ¿Es conveniente comentar con ahinco de erudito la Divina Comedia? Debemos contestar negativamente. Apenas se puede enseñar el manejo del idioma, el

alumno puede aprender apenas los fundamentos, el vocabulario más elemental de modo que le sea posible desenvolverse con cierta facilidad en una traducción y comprender decentemente una conversación sencilla y pausada. Debemos confesar que el alumno no necesita ni pide mucho más, al universitario le es menester saber traducir medianamente un texto italiano; lo demás es un lujo de importancia relativa. Por lo tanto, la tarea del profesor debe encaminarse a enseñar a traducir; la gramática será explicada en los casos indispensables y se recurrirá a la traducción inversa, a la composición, a la conversación y al aprendizaje mnemónico de alguna poesía, tan sólo de cuando en cuando, como procedimientos secundarios para interrumpir, a veces, la monotonía de una serie de clases.

Llegados a tal conclusión, consideramos necesario, una vez explicados los caracteres esenciales del idioma, comenzar con la lectura y traducción de una obra fácil: un pequeño texto científico, porque éste presenta pocas dificultades (las palabras empleadas son casi iguales a las castellanas, las frases son sencillas, claro el significado y se aprende el manejo de las preposiciones y demás partículas harto fastidiosas en la oración). Vencidas las primeras dificultades, familiarizados los alumnos con el texto, es necesario presentar textos más difíciles, graduar las lecturas; en caso contrario, los estudiantes no progresan, se acostumbran a un sólo estilo y después de años de aparente estudio están incapacitados para emprender cualquier traducción que no figure en el programa; por gradación debe llegarse hasta el empleo de una obra de índole literaria que enriquezca el vocabulario y sea de lectura amena.

Ciertas reglas fáciles deben emplearse, máxime si se tiene en cuenta el parentesco italo-castellano; con ello se gana tiempo y se enseña más; los ejemplos corroborantes serán numerosos y buscados por los alumnos, una vez presentada la pauta.

¿Por qué, aun no entendiéndolos absolutamente el idioma alemán ni el ruso sabemos distinguirlos, afirmando que se trata de dos lenguas diferentes si se nos presentan escritos? ¿Por qué, teniendo rudimentos de inglés, sabemos a ciencia cierta que tal o cual palabra es inglesa y no turca, aun en el caso de no conocer su significado? Sencillamente porque cada idioma

tiene su idiosincrasia, su aire de familia inconfundible que se manifiesta en los caracteres:

- a) Morfológico;
- b) Fonético;
- c) Sintáctico.

Pues bien, el profesor debe hacer notar siempre en que consiste la idiosincrasia del italiano y para esto dan excelente resultado unos ejercicios o explicaciones de gramática histórica comparada; debe hacer notar la evolución particular que han tenido el castellano y el italiano, idiomas de origen común, como asimismo no debe olvidarse la analogía que conservan. Tales explicaciones ya metódicas, ya incidentales, están encaminadas a hacer perder en los alumnos la ilusión del exotismo cuando estudian un idioma; todos hemos experimentado los esfuerzos enormes para emitir sonidos fáciles, como la forma especial de una palabra no ha dicho nada absolutamente a nuestra mente no familiarizada en los secretos filológicos, cuando un poco de perspicacia y una explicación oportuna nos habrían revelado el parentesco existente con nuestra palabra castellana.

Es menester, pues, enseñar a los estudiantes a distinguir los sufijos característicos, desechar las formas particulares y fijarse siempre, en la parte fundamental del vocablo, parte cubierta por mucha hojarasca cuando el ojo es inexperto; es menester enseñar que Constantinopla no está lejos de Bizancio. Así, tomemos la palabra *donna* y notemos su parecido con *dueña*:

Ambas derivan de la palabra latina *dómina*; la *i* no acentuada, entre consonantes, tiende a desaparecer: *dóm-i-na*, *dom-na*; en italiano, el encuentro de las consonantes *mn* hace que la primera sea asimilada por la segunda, dando *donna* (como *somno* da *sonno*). Al pasar al castellano la *i* desaparece también; *ó* breve acentuada del latín da el diptongo característico *ue*: *dómna*, *duemna*; el grupo *mn* se convierte en *ñ*: *dueña* (como *suemno* da *sueño*).

El grupo latino *li* da en castellano *j* y en italiano *gli*:

| | |
|------------------------------|----------------------|
| folia (neutro pl. de la 2.a) | fogli hoja |
|------------------------------|----------------------|

| | |
|-------------------|----------------|
| filius, ii | hijo figlio |
| cilium, pl. cilia | ceja ciglio |

Las palabras *hoz* y *falce* derivan de la latina *falx, falcis*, en acus. *falcem*:

La *m* final cae y queda la palabra italiana. La *f* inicial tiende a desaparecer en castellano conservándose *h* en su lugar; *l*, después de *a* se vocaliza en *u* y el diptongo *au* formado, se convierte en *o*: *halce, hauce, hoce*; *ce* da *z* y desaparece la *e*: *hoz* (*pacem*: paz; *matricem*: matriz; *altrum*: otro, en ital. altro).

El italiano tiene tendencia a formar consonantes dobles mediante la asimilación:

| | |
|-----------|------------|
| efecto | effetto |
| acto | atto |
| aptitud | attitudine |
| inmediato | immediato |

Hace desaparecer la *n*:

| | |
|-------------|------------|
| instituto | istituto |
| constancia | costanza |
| instrucción | istruzione |

Los ejemplos pueden multiplicarse y se presenta la ocasión de emplear este procedimiento a cada paso; con lo expuesto no pretendemos afirmar que los alumnos deban aprender latín, ni convertir la clase de idioma en clase de gramática histórica; nada de eso, ni siquiera pretendemos que el estudiante retenga todo lo explicado para el examen, pretendemos tan sólo familiarizarlo con la índole del italiano comparada con la del castellano y si fuera posible con la de algún otro idioma neolatino; pretendemos hacer perder el carácter exótico y mostrar lo que hay de parecido con nuestro idioma; será explicación del profesor y no materia de lección para el alumno.

Para obtener esto y por muchos otros motivos es necesario

que el profesor de italiano sepa el castellano, es necesario que la enseñanza del idioma esté a cargo de un profesor bilingüe, así no tendrá que pedir a los alumnos si tal palabra se traduce de tal o cual modo y ganará muchísimo la disciplina porque estará en condiciones de comprender las expresiones picarescas de los estudiantes. Además, es menester que el profesor tenga una cultura muy vasta, es necesario convencerse de que un idioma no se enseña bien por haber realizado un viaje de placer por Europa ni por el hecho de haber nacido en Italia; una sólida preparación se impone, no se domina un idioma, no se conoce el vocabulario si faltan conocimientos.

A continuación damos un bosquejo de clase, suponiendo que sea la primera de una serie.

En primer término, el profesor expondrá brevemente sobre el autor y sobre el libro de texto, luego comenzará la lectura pausada de las primeras frases con voz clara y apropiada a la índole del texto. En seguida leerán varios alumnos, se corregirán los errores de pronunciación insistiendo en frecuentes ejercicios. Como los estudiantes pueden carecer de diccionario se procederá a la traducción haciendo pasar un alumno al frente para escribir en el pizarrón las palabras obscuras o nuevas con su correspondiente traducción, después de explicar brevemente alguna particularidad; de los verbos se dará el infinitivo y se harán algunos ejercicios de conjugación; huelga decir que ningún significado será dado por el profesor sin antes saber si puede ser facilitado por algún alumno. Una vez conocida la traducción de las palabras obscuras, un alumno, bajo la dirección del profesor y con la contribución de toda la clase, traducirá todo el trozo, cuidando de no ceñirse exclusivamente al pie de la letra, sino buscando el giro propio correspondiente. Así se procederá con los párrafos siguientes y para terminar la clase se leerá un trozo como preparación de la clase venidera.

El profesor hablará siempre en italiano para enseñar la pronunciación y hacer entender el lenguaje hablado, generalmente descuidado, sin que esto signifique no hacer dar siempre la traducción de lo dicho. El bosquejo de clase no puede ser igual durante todo el año, variará a menudo. Los proce-

dimientos siempre variados deberán consultar los distintos tipos de alumnos: visuales, auditivos, etc., de modo que la enseñanza no descuide: la pronunciación, la escritura y la lectura o si se quiere emplear la mala palabra: debe emplearse el procedimiento audo-viso-motor-gnósico.

Resumiendo, tenemos las siguientes conclusiones:

a) Los estudiantes de Buenos Aires tienen facilidad para aprender el italiano;

b) Debe enseñarse con preferencia la traducción corriente;

c) El profesor debe ser bilingüe y poseer una vasta y selecta cultura;

d) Cada idioma tiene un rasgo inconfundible;

e) Debe hacerse notar el parentesco italo-castellano;

Estas notas han nacido de la serie de veinticinco clases que, a mediados de este año, hemos dictado en las tres divisiones de quinto año (turno de la tarde) del Colegio Nacional Mariano Moreno, en el curso a cargo de la profesora señorita Carmen Delbue. No tienen la pretensión de ser metódicas, están escritas al correr de la pluma, sin mayor reflexión, ningún libro hemos consultado para redactarlas pero hemos tenido en cuenta nuestra experiencia y con este motivo las publicamos, a pedido de nuestro profesor de crítica.

Romualdo Ardissonne.

Buenos Aires, noviembre 21 de 1918.